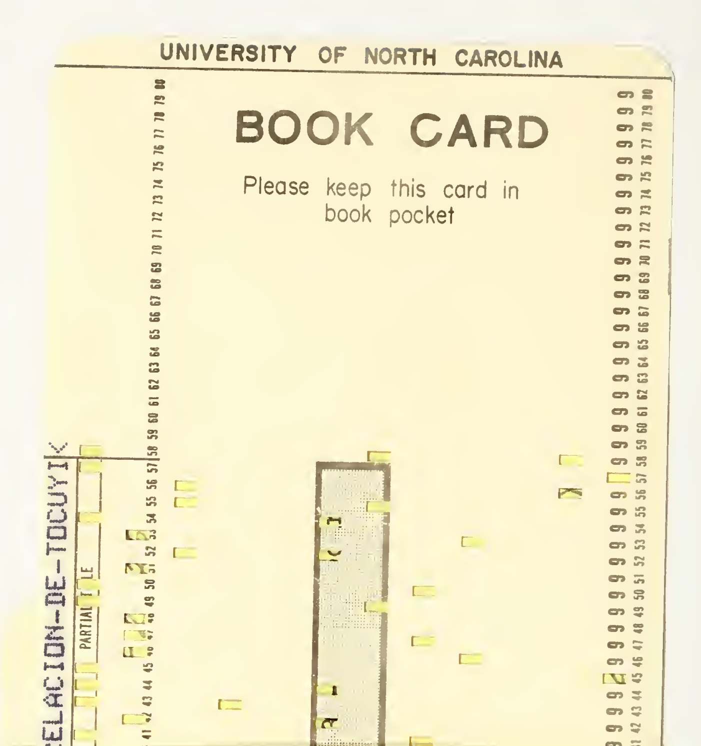
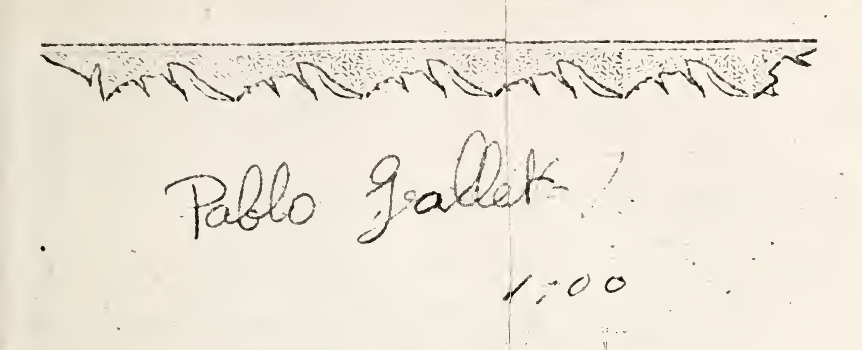

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in book pocket
RELACION-DE-TOCUYI
PARTIAL TITLE


LUX
LIBERTAS



RELACION

— DE —

TOCUYITO, ALTO DE UZLAR Y TINAQUILLO



Ya normalizado mi espíritu, por esa bondad natural del tiempo, es cuando vengo, impelido por el deber que me señala el artículo 455 del Código Militar, á dar relación, en mi carácter de Jefe de Estado Mayor de la Primera División del Ejército Expedicionario, de los hechos de armas del 13, 14 y 18 de diciembre.

Ya cuando se terminaba la distribución de los cinco centavos al soldado, la de diez al comandante y oficialidad y la de un bolívar á los generales y coroneles, que serían las ocho y media de la mañana; se oyó, no la imponente, sino la extraña detonación de un cañón por un flanco de nuestro campamento, no causando tampoco sorpresa, porque á fuerzas que mandaba el General Natividad Mendoza, no podían

sorprenderse ni menos conseguir hallarse descuidadas.

El General Mendoza, como militar, no podía ser sorprendido ni caer en celadas, porque era demasiado activo; comprendía por experiencia las sagacidades del revolucionario, y el servicio en su campamento, se efectuaba con malicia, vigilancia y exagerada puntualidad.

Fué pues, el disparo de cañón, un alerta en nuestro Cuartel General y como una órden á cada soldado de tomar su máuser, cada oficial ocupar su puesto y cada Jefe desenvainar su espada, corriendo á un tiempo mismo por nuestras filas la voz de ¡ firme!

En seguida se oyó la palabra imponente, autorizada y segura del Jefe de la División, quien manda, ordena y dirije y se le mira que marcha hacia donde han principiado los fuegos, y ya todo se convierte en solo ruido: las descargas de fusilería de uno y otro combatiente.

Pensó quizás el mocho darnos la misma sorpresa que le diéramos nosotros en San Casimiro. Pero en San Casimiro estaba un recluta y en Tocuyito un veterano.

El entusiasmo de los nuestros era manifestado con frases acompañadas de interjecciones propias del caso. Los víctores al Jefe, al General Cipriano Castro, al Gobierno y al Partido Liberal, se ahogaban en el espacio.

Bendito sea Dios! Quién había de creer que tanto esfuerzo, tanto empeño, tanto empuje habían de hundirse en un mar de sangre cavado en Tinaquillo, como se hundieran los servicios de Sucre en la Montaña de Berruecos.

Ya á caballo el general Mendoza, corría unas veces y trotaba otras, penetraba al fuego, libraba órdenes y alentaba á los suyos.

El Estado Mayor, á la altura demarcada por los artículos 449 y 456. Los ayudantes de esta mayoría, merecieron del general Mendoza el reconocimiento de haber llenado sus deberes, conforme lo prescrito por el artículo 522, que dice: *Durante una batalla el puesto de los ayudantes es al lado de su Jefe*, para servir *de órgano á sus órdenes y llevarlas á todo trance donde quiera que se mande.*

Ya trascurrían dos horas de nutridas descargas, cuando hallé necesario avisar al Jefe de la División, que el parque se agotaba, que sólo seis cajas de cápsulas quedaban y la solicitud de éllas era de cada momento.

Tan próximo el enemigo estuvo del Estado Mayor, donde estaban reconcentrados nuestros pertrechos, que dispuse pedir el auxilio de un Batallón al señor General Chalbaud Cardona, nuestro inmediato vecino y compañero, quien con excusas, qué no las hallamos bien fundadas, se negó, en caso tan supremo, prestarnos siquiera una compañía.

Continuaban las cargas y descargas, que el campamento estaba convertido en una hoguera.

En tan formidable resistencia supieron distinguirse el Primer Jefe del «Batallón Vencedor», General Manuel Castellano; su segundo Jefe, General Eugenio Taborda y los Generales Francisco Carrillo, Ramón Olivares y Tomás González, quienes parecía haber hecho pacto de morir en aquel fuego: como Cedeño y Plaza en la Batalla de Carabobo. También era de juzgar anticipado convenio, de quien corriera más peligro, entre los coroneles Natalio Jaspe, Juan Ma

Rosales, Isidoro Salazar y comandantes Gregorio Fizhero, Wenceslao Sosa, Jesús Ma Renjifo y Romualdo Mendoza, por su modo bárbaro de meterse al plomo. Toda la oficialidad á la magnitud de su deber; todos en general, correspondiendo á los deseos de su jefe superior.

Adjuntos á esa pléyade de valientes, pelearon los distinguidos Jefes general Rafael Almeida y coronel Avelino Figuera, cada cual á la cabeza de hombres, que parecían máquinas de mausers, disparando tiros. Inmediato y como estimulándolos con su presencia, estaba el Jefe de la División, impávido, como si presenciara los fuegos artificiales de la Plaza Bolívar.

Allá, al Oriente del Campamento, óyense descargas de mausers, imitando perfectamente, esos truenos continuados y fortísimos de algunos días de tempestad. Era el general Simón Echenique, quien á la vanguardia del «Batallón Castro» traslimitaba los lindes del valor; pero ya se vé, si á su lado estaban los arrojados coroneles Nicolás Barrios, Pedro N. Muñoz, el general Patricio Carvallo Móntes, Inspector del Ejército, y el Ayudante Habilitado del Batallón, capitán Ricardo Aponte, hijo.

También acá, por el extremo del flanco izquierdo, se batió denodadamente el «Batallón Luciano Mendoza», luciendo entre el plomo su marcial apostura el Primer Jefe general Eusebio Borges y, su modestia y aplomo el general Juan Ramón Bogado, segundo Jefe,-y su bizarría el coronel José Antonio Villegas. En resumen, son dignos de público elogio el coronel Nicolás Salas Blanco, comandante Lázaro García capitanes Domingo Pérez, Quintín Ramos, José de la Cruz Suárez, Salomé Pacheco; tenientes Eduardo Tablante; Francisco Fernández; alférez Patricio Herrera, Pedro Regalado y el abanderado Juan Lozano.

Es de justicia agregar á esta cadena formada con nombres de valientes militares, los eslabones que dan los de los coroneles Pablo Contrera C., tan altanero en el plomo como es modesto en el trato social, Manuel Vega y el general Norberto Grana, quienes cumplieron á cabalidad comisiones importantes que se les confiaron.

Cediendo, más á una imposición de justicia que á cualquiera otra sugestión, tengo que intercalar en la fila de los esforzados de Tocuyito, al general Ernesto Pérez Rivero, quien es intolerante con lo que juzga una ofensa, como es con la presencia del enemigo en el campo de batalla.

Es aquí de oportuna referencia, hacer constar la resolución tomada, en atención á los buenos deseos á disparar un tiro, que manifestaba «La Voladora» y otra fuerza que ocupaban una línea de batalla en el flanco derecho, la cual fué levantada por mí, en marcha hacia el enemigo, que ocupaba posiciones inmediatas. Lo que hice sin exposición, porque el enemigo acobardado, abandonó aquellas y dejó que las ocupara las fuerzas de mi mando. Lo que comunicado al General Mendoza, por el Ayudante D'Sola, creyó que el enemigo me envolvería y corrió con el «Batallón Castro» á reforzarme, pero felizmente no fué necesario. Haciéndome el Jefe lijeras reconvenciones, por haber traslimitado sus órdenes. Lo que me trajo á la memoria el patriótico recuerdo del asombroso hecho de las «Queseras del Medio,» lo cual fué, efecto de una traslimitación de órdenes del señor General Páez.

Ya á las cuatro horas y media de combate, sólo nos quedaban tres cajas de pertrechos, lo que comuniqué muy paso al señor General Mendoza, pero ya habiendo mandado un ayudante y después otro, al campamento del General Chalbaud Cardona en

demanda de dos cargas de cápsulas, de las cuales remitió cuatro cajas, llegando después de alguna tardanza, pero que siempre agradecimos, cual un náufrago á quien se lanza una tabla.

Tremendo fué el tiempo trascurrido de las ocho y media á la 1 p. m.

Por todas partes de nuestro campamento era común el silbido de las balas; por todos los lados hombres bañados en sangre; ya eran insuficientes las piezas de la casa del Estado Mayor, para contener los heridos, ya en cada uno de nosotros se había operado la transformación de seres concientes, en máquinas de destrucción. Ni los sentimiento de compasión ni menos los de caridad, eran atributos de nuestras almas.

Pero, cae por tierra, víctima de su estupidez y á los certeros disparos de nuestros mausers, un cabecilla mochero de nombre José Rodríguez. Entonces principia la calma, cunde el pánico en las filas contrarias y todo va silenciándose, en obediencia á una orden de retirada que ha dado el obsecado Jefe de éllos.

5.500 hombres atacan á 1.300 y sufren el más completo rechazo, que hasta hoy los tiene en la picota del ridículo y mereciendo de los suyos el desprecio y la rebeldía.

Impuesto ya el miedo y el convencimiento en el ánimo y razón de aquella gente: de ser imposible para ellos destruir un enemigo que aunque desigual en número, superior en valor é incomparable en la certeza de sus disparos, dispusieron suspender el ataque á la una de la tarde. Nada más en razón que lo puesto en práctica por aquellas grandes montoneras, quienes por el hecho de ser tan numerosas se hacían más merecedoras al tildado de cobardes.

Terminado los fuegos, sobrevino para nosotros las faenas pasivas de recolectar heridos, enterrar muertos, recoger máusers, winchesters, escopetas, cápsulas, bestias y hasta fajas con dinero, pertenecientes á aquellos desgraciados, á quienes los proyectiles bien dirijidos de nuestras tropas, habían cortado el hilo de su existencia. ¡Pobres incáutos, que murieron defendiendo los dictados de la ambición de un hombre!

Terminó nuestra fagina de sangre de aquel día, enviando varios carros con algunos heridos nuestros, para la inmediata capital de Carabobo, más por carecer de lo necesario para las curas de primera intención, que por quererlo así nuestros sentimientos de compañerismo. Y fueron tan malvados los godos, como siempre son, que llegó su saña hasta terminar con la vida de algunos heridos de los mandados á Valencia y hasta asesinar la madre de uno de ellos.

Todo el resto de aquel día y toda la noche, permanecimos con el fusil al hombro, juzgando que era de un militar experto y de un poco de valor, disponer nueva intentona, la cual sería por lo menos en la madrugada; pero nada, pasamos aquellas horas en la más completa tranquilidad.

Eran las nueve de la mañana del día 14, cuando dispone el Jefe de la 1ª División, levantar nuestro cuartel general para ir á acamparnos en el Alto de los Uzlar, en cumplimiento de órden recibida del ciudadano Jefe Expedicionario, lo cual verificamos á las diez y media, haciendo alto á las 12, en el campamento determinado y donde precisamente permanecían peleando, desde las primeras horas de la mañana la fuerza del primer Jefe de la 3ª División y los batallones del Jefe expedicionario.

Para el general Mendoza el sistema establecido de pelea, no le era ofensivo ni defensivo, por mediar gran distancia entre el enemigo y nosotros.

Ningún alimento habíamos dado á nuestros heróicos soldados, ni lo habíamos tomado tampoco nosotros, ni ayer despues de la pelea de Tocuyito ni ese día, antes de comenzar la del Alto de los Uzlar.

Apenas habían transcurridos dos ó tres horas, cuando nos impusimos del peligro en que estaba la 3ª División, y hasta el mismo Jefe expedicionario, según propia manifestación de su primer Jefe general Chalbaud Cardona, quien viniendo de donde estaba su fuerza peleando así se expresó: *Ya mis fuerzas van á ser cortadas, y usted mismo lo será señor Jefe expedicionario, y aquí hay una División fresca y no se mueve á prestarnos auxilio.* Lo que oído por el Jefe expedicionario general Víctor Rodríguez, se acercó á nuestro Jefe, quien despues de exponer algunas razones, llamó al coronel Avelino Figuera, dándole órden de salir con su columna y que fuera á atacar al enemigo en sus mismas posiciones, dióme órden para que moviera al « Batallón Castro » mandado por el intrépido general Echenique, (digno sustituto del valeroso general Ramón Alfonzo, ausente por enfermedad) quien inmediatamente puso en práctica la órden.

Sólo media hora bastó de unas descargas nutridas, pero marchando sobre el enemigo, para poner en vergonzosa derrota, á aquel enemigo que momentos antes, amenazó cortar la fuerza de la 3ª División.

Qué torneo tan interesante para una parte de nuestra valerosa División, á quien tocó poner en derrota á un enemigo casi trinfante.

El General Mendoza con su Jefe de Estado Mayor y su Corneta de Orden, desde inmediata altura, dirigía la acción, ora con órdenes verbales, ora con toques de corneta.

Si fué aquel choque corto y encarnizado, en cambio sus efectos fueron de grandes resultados, porque aunque tuvimos bastantes muertos y muchísimos heridos; la República, el Gobierno y la Causa Liberal obtuvieron importantes beneficios.

Allá en ese Alto de los Uzlar también peleó nuestra retaguardia, la cual mandaba Manuel Castellano, Francisco Carrillo, Taborda y Olivero, correspondiendo á su valor encomiado y al desplegado el día anterior en el célebre Campo de Tocuyito.

Los resultados tan buenos alcanzados en esta jornada, pueden estimarse por la tranquilidad que comenzó á disfrutar toda la fuerza que había en aquel Cuartel General: por lo despreocupado que dormimos aquella noche: por los muchos prisioneros cautivados, por el crecido número de mausers, de Winchesters, armas de todos calibres, banderas, la cureña del cañón, un Corneta con su instrumento, bestias, monturas, cápsulas, divisas y muchas prendas de vestir; que pasaron á nuestro poder.

Oir expedir, con energía y serenidad, á Natividad Mendoza las órdenes de ataque, infundía valor, esperanza de trinfo y despertaba inspiración de épica poesía.

¡Coronel Avelino: cargue por el ala derecha y haga desalojar las posesiones que tiene el enemigo; General Echenique, avance usted por el centro y rómpale los fuegos en el pecho á esos cobardes; Coronel Prudencio, marche usted por ese flanco y cargue esa gente hasta quitarles el cañaveral. Un Ayudante que diga al General Víctor Rodríguez, que mande á parar los fuegos, que hacen por el flanco de la derecha, desde los topos, por que pueden hacerle daño á mi gente. Coronel Barrios, corra con su Columna y refuérceme á Echenique. Ayudante Francís, diga usted á Avelino que avance y tome el topo de la derecha!

General dice el suscrito, vea una bandera amarilla, vea otra, vea aquellos que corren. Corneta? dice el General: toque diana. Ayudante Sosa, diga á Echenique que disperse aquella gente que está en aquella altura. Ayudante Torres, diga á Barrios que siga por detras de esos que corren por el camino. Green, Piñero, vayan á traerse aquellos heridos.

Fuertes descargas, manifestaciones de entusiasmo, dispersión del enemigo derrotado, víctores á Mendoza, al Partido Liberal y al General Castro, divierten el campamento. Sólo banderas amarillas coronaban las alturas y de las que antes batieran los godos ni una siquiera por alguna causa.

Vergonzosa derrota, en que el enemigo no salva la dignidad de hombre ni el honor del militar.

Grato recuerdo me trajo aquel desbarajuste, del famoso cuadro que nos representa la Batalla de Ayacucho, en el Salón Elíptico.

Una suma doy, dice el Jefe de Estado Mayor, al que me señale una bandera tricolor ó blanca; viendo que no se veía ninguna, de las tantas que antes hubiera. Una calma completa, ni un tiro por casualidad se oía.

¡Qué de peripecias, tan difíciles de describir!

Derrota completa y calma sepulcral, fué el epílogo de aquella jornada. Así lo alcanzaba á ver, con su mirar de águila, el señor General Castro, desde la Casa Amarilla, siempre que fuera Natividad Mendoza con su brava División, quien se le pusiera de frente; como fácil es deducirlo por el contexto del telegrama, que oportunamente llegara al General Mendoza, una hora después de haber sonado para el Mocho, la tremenda hora de su destrucción, y el cual á letra dice: «Caracas: 14 de diciembre de 1899.—

A las 5 horas p. m.—Para General Natividad Mendoza, donde esté.—El Gobierno y la Causa Liberal esperan de su reconocido valor y patriotismo el que usted decida la acción que actualmente se empeña y ataque inmediatamente al enemigo, obrando de acuerdo en todo con el General Víctor Rodríguez. Su amigo y compañero, C. Castro.»

Telegrama ese, que tuvo esta contestación, la cual fué escrita dominando todavía la fuerte impresión que experimenta quien está jugando á los azares de un combate, la suerte de su Causa y el don de su existencia; y de la que puede inferirse la verdad de lo referido; por haber sido redactada á presencia de todos los Jefes principales—testigos de nuestro denuedo y partícipes de los resultados: «Alto de los Uzlar, diciembre 14 de 1899.—Para General Cipriano Castro.—Caracas.—Tengo la satisfacción de participar á usted que he correspondido á las esperanzas del Gobierno y de la Causa Liberal, decidiendo con parte de mi División, la acción empeñada con los godos, desde ayer hasta hoy que los ataqué, bastando media hora para ponerlos en vergonzosa derrota. Más tarde verá detalles circunstanciados. El General Víctor Rodríguez en perfecta armonía conmigo. Su amigo, N. Mendoza.

Ambos documentos fueron leídos en voz alta, en la casa del Estado Mayor del Jefe Expedicionario, mereciendo manifestaciones de aprobación.

Extinguiéndose las débiles claridades del final de aquel 14, surge para nosotros la necesidad de suspender la persecución; de proveer á la ración, siquiera de carne, de aquellos compañeros que libraron la acción; de buscarles alojamiento, y prepararnos al descanso.

Una noche tranquila, como hubiéramos podido

pasarla en casa, fué la trascurrida en aquel campamento.

A la alborada del siguiente día, atendiendo á conveniencia de nuestras tropas, nos pusimos en marcha para nuestra anterior posición de Tocuyito. Desde donde dispuso el Jefe de la División, dirijir á los generales Cipriano Castro y Luciano Mendoza, el siguiente telegrama: Después de haber dejado limpio de enemigos y pacificado completamente el Alto de los Uzlar; al irresistible empuje del «Batallón Castro» y una columna del «Batallón Luciano Mendoza,» pertenecientes á mi División: me he trasladado hoy á mi campamento de Tocuyito, donde estoy completamente á las órdenes de ustedes, y fusil en balanza para lo que pueda ofrecerse militarmente por estos lugares. De ustedes, amigo afectísimo.—N. Mendoza.

Ninguna novedad que merezca el honor de la referencia, ocurrió en el trascurso de aquellos tres días, antes del aciago 18, en que vamos á ocuparnos.

A las últimas horas del día anterior al infáusto predicho 18, le fué comunicada al general Mendoza órden de marcha, la cual consiguió con el Jefe Superior del ejército, diferir para las primeras horas del día siguiente, la que cumpliendo, emprendimos marcha á las tres de la madrugada, como estaba convenido.

Habiéndonos adelantado muchísimo, cual correspondía á nuestro carácter de División de vanguardia, fuimos alcanzados por el señor Ministro en Campaña, ya cerca de Tinaquillo, donde nos habíamos preparado á descansar un rato y tomar algo de alimento. Una hora después reanudábamos la marcha.

Próxima á la entrada del pueblo de Tinaquillo,

dispone el general Mendoza que avance á vanguardia, dividido en dos alas, el « Batallon Castro, » lo cual se ejecuta con actividad y manifestaciones de contento.

Suenan unos tiros en las primeras calles del poblado, avanzamos en seguida de nuestro « Batallon, el General Mendoza, » y su Estado Mayor. Repítense los disparos, pero el enemigo huyó por efecto de nuestras violentas cargas, y quizás comprendiendo que no podía resistir un contrario que tiene tanto empuje y debe ser numeroso. A Pegones, fué á ser el final de su carrera. Hasta aquí, que son las cinco de la tarde, todo está en perfecta calma.

Pero ¡ay! las nueve y media de la noche son, cuando cae acribillado á balazos y con algunas heridas de machete, el heróico Liberal General Natividad Mendoza, Jefe de 1ª División del Ejército Expedicionario, vanguardia del Ejército Nacional; vencedor en San Cesimiro, donde quedó sepultado el entusiasmo revolucionario cuyas órdenes cumplió fielmente el General Balbino Carrillo, quien tan intransigente con los godos en la paz, como guapo en las guerras que promueven; —Triunfador en el Sombrero, cuyo valor y actividad de su División, era la sombra de la fuerza contraria; el invencible en el célebre campo de Tocuyito, donde hizo ver al godismo, que si alguna vez es mayoría, jamás podrá ser vencedor; el salvador, en el Alto de los Uzlar, de la 3ª División y la fuerza del Jefe Expedicionario, de un probable fracaso, haciendo entender con su denuedo, que el valor es condición innata y se impone á propios y extraños; el Precursor, con la boca de sus máusers, de la paz en Tinaquillo. El militar que resiste el dolor de sus heridas sin lanzar un ¡ay! que despertara lástima ni una maldición contra los autores de sus padecimientos.

Golpe fatal aquel, con el cual se conmovió el inconcluso edificio de la paz, se abrió claro inmenso en las filas Liberales; y es del dominio de la generalidad: que Natividad Mendoza habría terminado más pronta y completamente esta moribunda revolución.

Su actividad no tenía paralelismo; su valor en la balanza de las comparaciones, contrapesa con el de Crespo. Sus condiciones en el Ejército: de ser temido y querido, son difíciles de hallarlas juntas en un mismo Jefe. Ellas fueron las que levantaron al egregio Páez, á una altura preponderante entre los Jefes Republicanos, por haberse con ellas impuesto en el ánimo de los llaneros.

Ese mismo Jefe á quien habíamos admirado en el entretegido circular de las balas; tuvimos el dolor de verle gravemente herido y bañado en su propia sangre, por motivos que no están bien esclarecidos y por manos que formaban en el mismo Ejército.

Conductor fué el suscrito en su carácter de Jefe de Estado Mayor, quien con una guardia de 71 hombres y algunos militares amigos y subalternos del infortunado herido, asumió la responsabilidad de trasportar á Valencia la camilla donde viniera postrado el importante Jefe, quien más que un parque, quien más que un rico convoy: era Natividad Mendoza; á quien el enemigo habría deseado coger ora por venganza, por las tantas veces que le pusiera en fuga, ora porque habría sido un gran golpe moral para el Gobierno y uno favorabilísimo para el mochismo. Pero felizmente la conducción pudo hacerse sin trastorno alguno, por más que nos tocara cruzar por campo enemigo, pasar por el Naipe, posiciones y encrucijadas sospechosas y donde habrían

bastado 25 hombres para hacernos morder el polvo á cada quien de los que componíamos la custodia Unos tiros disparados después de haber entrado á las peligrosas montañas del Naipe, merecieron de nosotros la más irritante indiferencia, en obediencia á la consigna que había dado: salvar á todo trance la camilla y no contestar á disparo alguno.

El 20 en la mañana llegamoe á Valencia y fué mi primer paso dar conocimiento al señor General L. Mendoza, lo que hice por telégrafo, en los términos siguientes:

Hará una hora que llegué de Tinaquillo, de donde vine, á la cabeza de una fuercecita, conduciendo enfermo de algunas heridas al General Mendoza, su hermano, las cuales fueron el resultado de una desávenencia repentina con el General Celestino Peraza. Este Jefe salió levemente herido. Su hermano está herido de alguna gravedad.

Este parte fué redactado en términos que menos alarmara el afecto fraternal. También trasmití inmediatamente la noticia al señor Jefe del Poder Ejecutivo.

Toda diligencia para el trasporte, fué agenciada por el que suscribe y sus compañeros, y todo gasto sufragado del peculio del enfermo.

Ya dispuesto el viaje para esta capital el 23, sonó para nosotros la hora luctuosa de perder al Jefe y el amigo. A las 8 y seis minutos de la mañana, voló á la mansión de los justos el alma de aquel fervoroso cristiano. Su familia perdió, ella sabe cuan-

to. Sus amigos un manantial de beneficios; el Gobierno una muralla, la prueba Tocuyito. La Causa Liberal, un brazo que siempre empuñó y defendió la bandera amarilla; y sus compañeros, un Jefe que solo los hacía saborear los placeres del triunfo.

Caracas: 23 de enero de 1900.

Pablo Grillet.

